

Primer lugar:

Tu historia de vida. Es peligroso el ajedrez

Por Patricio Cortez

A poco de la llegada de la nube militar, nos fuimos acostumbrando al toque de queda, ese dictamen que impedía circular por la urbe, si te sorprendían afuera, eras apresado y trasladado a una comisaría o un cuartel militar, donde a lo menos pasabas la noche encarcelado y de madrugada eras soltado con una citación al juzgado civil, en otras oportunidades podías ser trasladado al Estadio Nacional, que como todos sabíamos, era utilizado como campo de prisioneros, donde habían torturas y vejaciones.

La orden de cautiverio comenzaba al atardecer y poco a poco, fue extendiéndose hasta la medianoche, a partir de ese instante la ciudad ya cubierta de oscuridad, musitaba un atemorizado silencio civil, sólo podían circular las patrullas militares, que se desplazaban habitualmente en jeeps, tanquetas o buses. Todos encerrados a medianoche, cual cenicientas condenadas.

Las fiestas exóticamente eran en las tardes, sim embargo, en la medida que se extendían las horas disponibles aparecieron las llamadas "fiestas de toque a toque", que comenzaban al atardecer y se extendían durante la vigencia de la orden, aproximadamente a las 06.00 horas.

En el interior de las casas fiesteras, cuando se iniciaba el toque, había que bajar la música e inhibir cualquier algarabía que alertara a las patrullas vigilantes, el no cumplimiento de la norma de hablar despacito y en penumbras, originó, muchas veces que todos los celebrantes fueran a dar a la comisaría más cercana, incluso con el vestuario matrimonial.

En aquellos tiempos, vivía en la Villa Olímpica, en el cuarto piso de unos departamentos construidos para el mundial de fútbol de 1962, ahí nos juntábamos después de clases, con mi amigo de siempre, tres veces a la semana, a jugar ajedrez, disputados torneos que incrementaban el consumo de cigarrillos, piscolas y la audición de prohibidos y pirateados mil veces casetes de Silvio Rodríguez, Quilapayún, Intillimani, Patricio Manns y otros.

Las ardorosas disputas en el tablero, en algunas oportunidades se extendían más allá de lo prudente dado que se iniciaba el toque de queda, el conflicto era mayor considerando que mi adversario ajedrecístico, para llegar a su casa en la Villa Frei, debía trasladarse en su antigua bicicleta por el frontis del Estadio Nacional, que siempre estaba vigilado por numerosos vehículos militares y cuantiosos soldados armados con tenida de camuflaje, como para un aguerra.

Considerando dicha situación elaboramos la siguiente estrategia, calculamos exactamente el tiempo de traslado a la Villa Frei, eran 12 minutos, si le sumamos 3' para bajar, al hombro, la bicicleta desde el 4° piso, teníamos que terminar los partidos 15 minutos antes del inicio del toque de queda, a partir de ese instante,

con un desenfadado arrojo adolescente, se iniciaba una vertiginosa travesía, que ponía en riesgo la libertad.

El recorrido se iniciaba en la Avenida Carlos Dittborn que comúnmente tenía estacionados unos cinco o seis vehículos militares, había que pedalear a full hasta Maratón, ahí la presencia militar era de 5 de patrullas con 10 o 20 uniformados, que miraban con inquisidora suspicacia, al sorpresivo ciclista, no había que levantar sospechas, porque una detención, por breves momentos que fuera, significaba que caía el toque, con las consecuencias previstas.

Luego de circular velozmente dos cuadras por la calle Maratón, había que enfrentar una de las partes más peligrosas del trayecto, el frontis del estadio, ya que en toda su extensión estaban dispuestos amenazantes militares, furtivos bajo las sombras de los árboles, con armas de largo alcance. En la mitad de la calle, sobre angostos espacios de tierra, buses, jeeps, camiones y tanquetas con decenas de soldados, inevitablemente había que pasar por ese pasillo.

Nadie circula, todo es silencio, sólo soldados y un ciclista, que atraviesa entre ellos, las conversaciones de los militares se suspenden para ver a este personaje, sentir sus ojos escudriñando su figura hace aumentar los latidos del corazón e incrementar el pedalear y pedalear.

Quedan 5 minutos, se termina el estadio, faltan todavía varias cuadras, aumenta el peligro, hay que cruzar el pedagógico, bastión de la insurrección estudiantil, ahora resguardada por carabineros en tenida de guerra, con sus tanquetas blancas y negras, no hay que aminorar la velocidad, precipitadamente se cruzan las cuadras fortificadas para llegar al inicio de la Villa Frei.

El paisaje es silencioso y las casas están a oscuras, los edificios circundantes permiten meterse entre los angostos pasajes y estacionamientos, vecinos miran dese las ventanas al solitario ciclista, finalmente llegar al hogar, con el corazón palpitante, asustado y transpirado. Es peligroso el ajedrez.

Segundo lugar:

Encuentro con la srta. Gabriela Mistral

Por María Moreno

Corría el año 1953, un 18 de septiembre que nunca olvidaré y quedará para siempre en mi corazón y retina.

Tenía 18 años, ya estaba casada y con una hijita de 6 meses. En la mañana de ese día, mi esposo decidió darme una sorpresa e invitarme a almorzar al Parque O'Higgins.

Caminamos bastante en busca de un buen lugar, lo encontramos, el local lucía hermoso y alegre con el techo de ramas de eucalipto y sauces, adornado de varias guirnaldas de papeles de colores y banderitas chilenas que se mecían con el viento. Las mesas cubiertas de lindos y coloridos manteles de género, el piso era de viruta de madera y en un estrecho escenario, la típica orquesta compuesta de guitarra, acordeón y la cantante acompañada de su pandero.

Entramos y fuimos muy bien recibidos y atendidos. Nos sirvieron una rica cazuela de ave, con ensalada chilena, una gran empanada y el infaltable jarro de chicha chispeante con torrijas de naranja. De repente doy una mirada a las mesas de mi alrededor y veo una cara conocida: la famosísima poetisa Gabriela Mistral. No lo podía creer, le digo a mi esposo: "mira quién está ahí, vamos a saludarla". Nos dirigimos hacia ella y me presenta: "soy María Moreno y él es mi esposo, Plácido Rojas, y nuestra guagüita Rosita". Ella contesta: "mucho gusto, muy honrada de conocerlos".

Yo ya no podía hablar de tanta emoción, nos muestra a la persona que andaba con ella y dice: "mi secretaria". Mira a mi guagüita y le hace un cariño con su mano. Nos pregunta por qué estamos solos ahí y no con la familia como se acostumbra. Mi esposo le cuenta que fue una invitación sorpresa y de agasajo. Yo le comento que en la escuela nos hablaban de su vida y obra y nos enseñaban sus lindos poemas. Me pregunta si me recuerdo de alguno y yo le recito "Piececitos de niño".

Este es mi recuerdo de encuentro con esta gran mujer, conocida a nivel mundial. Nuestra gran Gabriela Mistral.

Tercer lugar:

Patines Mágicos

Por José Peragallo

A la vera de mi barrio aparecieron
dos sendos patines de ruedas,
llevaban a un mozalbete que vieron
descansando en las veredas.

Vendremos por ti me dijeron
ingenio y destreza son muy avezados,
para armar patines ligeros,
en las noches aún acuno esos recuerdos.

Espacio de sueños e imágenes,
inefables, están ahí, perduraron,
todas consecutivas, deslumbrantes,
están vivas, aún palpitan, se quedaron.

Cada rueda fue un reto y parte de mi vida,
superé lo imprevisto, los rodamientos lo sabían,
fuerza, ánimo para recorrer plazas y galerías,
desde una esquina me dieron la bienvenida.

Fueron el despertar de muchos días.
descubrí mi libertad y autonomía,
se abrían sus calles y avenidas,
eterna foto, estaba ahí, no dormía.

La ciudad estaba en sus genes,
volar sobre los baches era su danza,
en poco tiempo conocí todos los rincones,
su veloz compás y cadencia no cansa.

En zig zag dibujando nuevos pasos
de secuencias que dejaron huellas,
luego vendrían nuevos lazos,
para iluminar otras estrellas.